

## 1. La Tumba del Forastero (قبر الغريب)

—*Esto va a ser divertido.*

—*Lawrence, sólo dos tipos de criaturas se divierten en el desierto: los beduinos y los dioses, y usted no es ninguno de ellos.*

*Lawrence de Arabia*

Agmat, Marruecos,

enero de 2012

Profanaron la tumba de madrugada. No se enteró. Despatarrada sobre el camastro de su habitación de alquiler, Blanca sólo despegó los párpados al oír chillar a Laila desde el umbral de su dormitorio:

—*Blanche! Réveillez-vous, Blanche!*

La casa, en un páramo apartado de la única carretera que atravesaba el pueblo, colindaba con la tapia del cementerio. Su casero Ibrahim hacía las veces de celador. Sin perro que ladrara para dar aviso, tanto él como su mujer Laila habían agudizado el oído.

—Qué... ¿qué pasa? —titubeó Blanca, desorientada—. ¡Qué pasa!

Tres o cuatro de la mañana, quizás. Imposible saber la hora exacta. Palpó a tientas su mesita de noche —una caja de cartón—, con la vana esperanza de encender alguna luz. Los interruptores brillaban por su ausencia. No dio más que con una botella de agua y un cuaderno de notas. El teléfono móvil —modelo año Maricastaña— seguía sin batería desde su llegada, hacía ya dos meses, sepultado bajo un centenar de cosas dentro de su mochilita de cuero. Despreciaba aquel maldito aparato.

—*Allez, allez!* —insistía la vieja, temblorosa, sosteniendo una lámpara de aceite cuya llama titilaba en la oscuridad.

—Calma, Laila, calma —intentó tranquilizarla Blanca. Se frotó los ojos y retiró una legaña—. ¿Qué ocurre?

*Allez, allez.* Siguió ahogándose en lamentos, inmóvil en la puerta de la estancia, cacareando como una gallina achacosa. Su voz se difuminó en la mente nublada de Blanca, acostumbrada a no despertarse hasta los terceros gallos. Conseguía dormir del tirón, pues cenaba ligerito —aquella víspera, un poco de hummus y pan casero—, descansando lo suficiente para trabajar cada jornada en la excavación de rodillas bajo el sol. Si bien las primeras noches la había sobrecogido la llamada a la oración del alba —en su memoria no se alojaba ningún sonido similar—, al cabo de una semana logró incorporarlo a su rutina y ganó un valioso rato de descanso.

—Ibrahim, Ibrahim —se sofocó Laila, tras lo que acertó a decir en español—: Gritos en cementerio.

Tiritaba la pobre mujer, aunque no por el frío: Ibrahim, en efecto, voceaba en árabe desde el exterior, y no lo hacía solo. Un presentimiento funesto le quitó de sopetón el sueño y todas las advertencias desoídas le sobrevinieron en tromba. *Con los moros*, le había prevenido su amiga Lola antes de partir, *ya sabes lo que hay: recela, guárdate como de los escorpiones; son rápidos y traicioneros*. Lola y sus prejuicios... ¡Qué sabría ella, si a todos los llamaba moros, todos eran igual de peligrosos, todos unos guarros! *No vayas a recibir un agujonazo por ingenua*, le insistió. *Que por allí está la cosa muy mala... ¿O no ves las noticias? Se te va la pinza, cariño*.

Agmat no era, ni mucho menos, lo que una escogería para unas vacaciones de ensueño. No eran voladoras las alfombras, sino de esparto; esteras pesadas y polvorientas. A diferencia de las lámparas mágicas, en los tenderetes del zoco la chatarra apenas brillaba, y en lugar de suaves tejidos de seda se exponía un sinfín de

camisetas falsas del Barça y el Real Madrid. La polvareda rojiza ardía durante el ocaso hasta reducir a cenizas cualquier posible atractivo. Tantos desencantos... como granos de arena en el desierto que rodeaba el inhóspito pueblo marroquí.

Al principio, Blanca se tomó a guasa su estancia en aquel rincón alejado de la mano de Dios —de algún dios—. *He acabado donde Cristo dio las tres voces*, bromeaba cuando hablaba con Lola, Carmina o Merche desde el ciberlocutorio. A su madre, de seguir viva, le habría mentido; que el trabajo iba bien, que no se preocupara. Hacía de tripas corazón y lo sobrellevaba con su cachondeo natural, sin agobiarse mucho, hasta la noche en que le borraron la sonrisa temeraria del rostro.



—*Blanche...* —rogaba Laila, desesperada. No se atrevía a ir sola.

Las dos mujeres salieron al fin de aquel zulo destartado y fueron a apostarse tras el muro de la cocina. Sumidas en el más absoluto silencio, contemplaban la escena del cementerio a través de una abertura en el muro, traza de un antiguo ventano.

Pocas lápidas se veían intactas. Las ruinas del camposanto pertenecían al antiquísimo asentamiento bereber de Agmat, otrora capital del Imperio almorávide. Encajado en el valle del Ourika, lo que antaño fuera un oasis se había convertido en un vasto terreno yermo tras nueve siglos de erosión. Más allá de la necrópolis desierta sólo se atisbaba la silueta del macizo del Atlas, recortada en el horizonte nocturno. En primer plano, media docena de hombres embozados hasta la nariz rodeaban el levantamiento arqueológico.

Sin apagar motor ni faros, habían detenido dos furgones cerca de la excavación. ¿Logotipo de la policía marroquí? Difícil distinguirlo. Dos potentes focos enchufados a un motor diésel

iluminaban a algunos, quedando los otros a contraluz. Alguien dentro del hoyo sacaba paladas de tierra de la tumba. ¿Qué pintaban allí? ¿Estarían rodando un documental? La atmósfera, desde luego, se prestaba a ello. El reflejo de las luces contra la calima creaba una neblina anaranjada que envolvía al grupo en un halo de misterio.

Blanca y Laila no tardaron en descubrir al séptimo individuo. En mitad del corro, de rodillas y con las manos levantadas a la altura de la nuca, Ibrahim se deshacía en gemidos con cada golpe que iba recibiendo. Blanca apagó de un soplo el candil de Laila y deseó, ¡ojalá!, que de la lámpara hubiera salido un *yinn*<sup>1</sup> ofreciéndoles tres deseos. Sumisa y discreta, la vieja guardó silencio y agachó la cabeza sin rechistar.

—Llegamos tarde —protestó el que cavaba, el más gordo del grupo—. Aquí no hay nada.

—Ha de haberlo —repuso el que parecía llevar la voz cantante. Vestía casaca militar y calzaba botas negras de caña alta—. Está escrito.

—*Insa' Al-lah* —se encomendó el de la pala a la voluntad divina, al uso de los árabes, y siguió sacando tierra.

*Insa' Al-lah*, repitió mentalmente Blanca. «Si Dios quiere», en cristiano. ¿Quién demonios era aquella gente?

—¿Cómo han dado con ello? —susurró parapetada tras el muro.

A su llegada a Agmat, Blanca había encontrado el cementerio invadido por un ejército de olivos e higueras chumbas. El túmulo —conocido desde tiempos inmemoriales como *Qabr al-Garib*, «Tumba del Forastero»—, no era sino el sepulcro del último rey de

---

<sup>1</sup> «Genio»; ser demoníaco de la mitología semítica, malvado en ocasiones, diferente del ser humano o los ángeles, hecho de fuego sin humo.

Sevilla: al-Mutamid de la dinastía de los abadíes. Alrededor habían crecido matorrales de artos y azufaifos, cuyas raíces se habían intrincado entre las piedras, el polvo y los huesos. Los trabajos de desbroce resultaron arduos y más largos de lo esperado. A la postre descubrió no uno, sino dos nichos: en el mismo lugar se acogían los restos del rey al-Mutamid y su mujer Itimad, esposa y esclava al mismo tiempo.

Tras la muerte del sultán, el sitio se convirtió en punto de peregrinación para su corte poética y aquellos andalusíes que añoraban los tiempos de su reinado. Eruditos y románticos siguieron buscándolo después, en pos de rendir culto y honrar la memoria de tan insigne andaluz: desde el político andalusí Ibn al-Jatib en el siglo XIV hasta el nacionalista Blas Infante, valedor de la patria andaluza, a principios del XX.

Los vientos del olvido se encargaron de reseca y espolvorear sus huesos. Sólo un par de viejos pastores, gracias a la tradición oral, conservaban en su imaginario la ubicación exacta del enclave. Algún día, pronosticaba Blanca, el gobierno marroquí erigiría un mausoleo al Rey Poeta con azulejos andalusíes, al estilo de los sepulcros saadíes de Marrakech, si es que no tenían el recochineo de plantarle uno de estilo almorávide. En cualquier caso, la decisión dependería de los fondos de Rabat y Madrid, así que estaba de enhorabuena: pasarían otros nueve siglos antes de que sendos Ministerios de Cultura se interesasen. Mediante su empeño sería ella —y sólo ella— quien se llevase la gloria.

—Fuera de aquí —siguió murmurando Blanca—, al-Mutamid es asunto mío...

Consideraba única e intransferible esa genuina obsesión suya por desenterrar lo que el rey sevillano arrastró hasta su lecho

de muerte: un secreto que sólo leyendas olvidadas y libros de Historia destruidos se atrevieron a recoger.

Para su pequeña aventura se sirvió de un programa de desarrollo que, en verdad, a ella le venía de perlas. «Recuperación paisajística del sitio arqueológico de Agmat», rezaba en francés el cartel de la entrada. O sea, adecentar aquella escombrera de basura, plásticos y ladrillos de barro cocido. Fondos europeos de cooperación, con las doce estrellitas de la UE como aval. Una vía como otra cualquiera para que allí metiesen mano al dinero destinado a un fin noble. Lo que nunca imaginó era que alguien —y mucho menos una banda de delincuentes— pudiera tener interés en entrometerse en el proyecto. O sabotearlo, o lo que fuera que estuviesen intentando aquellos maleantes.

—Qué estaremos haciendo aquí... —se impacientó uno de los hombres.

Además del arma automática colgada del hombro, parecía llevar un machete enorme al cinto, aunque Blanca, desde su posición, no pudo asegurarlo.

—Silencio —ordenó el más joven.

Apuntó su linterna dentro del perímetro cuadrado acotado por las cuerdecitas y estacas. El líder se cruzó de brazos y dejó hacer al muchacho, agachado junto a una lápida partida para leer:

*Tumba del Forastero,  
que las lloviznas matinales y vespertinas te rieguen,  
ya que has conquistado los restos resecos  
de al-Mutamid de Isbiliya<sup>2</sup>, el Rey Poeta.*

—*Al-hamdu lil-lah*<sup>3</sup>! —terminó en alabanza a su dios.

---

<sup>2</sup> Sevilla.

<sup>3</sup> «Alabado sea *Al-lah*», fórmula árabe de alabanza y gratitud.

Árabe, con acento ¿marroquí? un tanto deformado. ¿De dónde serían? Aun así, Blanca entendió la lectura. Ella misma, de hecho, se había encargado de cepillar la superficie de la piedra para facilitar su estudio. Cuatro años y medio de gramática en la Casa Árabe y mucha lectura por cuenta propia le habían proporcionado cierta soltura con la lengua de los musulmanes.

La primera vez que supo de aquel epitafio fue por culpa de su padre. Le leía con frecuencia *Bajo la cúpula de las Pléyades: historietas del Rey Poeta* tras arroparla en su camita nido. *Cuentan, Princesita, que hubo una vez un sultán* —solía comenzar, a la espera de que ella lo adivinase— *que perdió su reino por un tesoro. Tan intensa fue su vida y tan grandes sus hazañas, que nadie osaría narrar todas sus peripecias. Las suyas, y las de quienes le acompañaron en aquel siglo de locos...* De niña, por supuesto, no se enteraba de la misa la media. Su padre utilizaba un montón de palabras de los que ella no tenía la más remota idea. Un poso de todos aquellos cuentos, sin embargo, se almacenó en su memoria, y en ella se sembró la obsesión por el «tesoro».

La semilla germinó una década más tarde, despierto el instinto de buscarle tres pies al gato. Se matriculó en Historia por la Complutense con el secreto ánimo de destapar cuanta verdad se ocultase en la leyenda de aquel rey muerto hacía novecientos años. Con la licenciatura en la buchaca, cursó un posgrado en arqueología medieval en la Universidad de Sevilla. Allí estudió los restos del antiguo *qasr*<sup>4</sup> andalusí, bajo los patios del actual alcázar hispalense, aunque sin resultados. Estaba al caer; así lo presintió. Sólo tenía que seguir escarbando... No se trataba de una fábula; hubiera puesto la mano en el fuego.

---

<sup>4</sup> *al-Qasr*, «alcázar».

Sabedora de la necesidad de excavar más profundo, abandonó la ciudad bética y se lanzó a explorar el norte de África. ¿Cómo no atreverse? Ya lo aventuraba Ibn al-Jatib, poeta de la corte nazarí, en loor del rey sevillano:

*¿Cómo no visitarte, el más generoso rey,  
luz de las noches oscuras [...]?  
Fuiste noble y célebre por tu grandeza  
tanto vivo como muerto,  
pues eres sultán de unos y otros.*

Y se fue tan contenta. Cada mañana se tomaba un zumo de naranja recién exprimido y al atardecer leía con el solecito vespertino. El viernes, día de libranza, iba y venía con una *scooter* alquilada a través de las estrechas carreteras sin asfaltar y salpicadas de controles policiales. Uno de los responsables del yacimiento —un viejo con pasta y por tanto con mucha mano en la Gendarmería— se preocupó de presentarla y dejar claro que a ella no se la molestaba. Que pasase, y no se la parase. *Pas touriste*. O sea, nada de exigirle sobornos. Sonrisa en la cara y toque de visera en deferencia a la señorita. A saber con qué aviesas intenciones tanto decoro.

Hacía sólo tres días, al fin, llegó la merecida recompensa. ¿Habría habido día más feliz en sus veintisiete años de existencia? El estómago se le dio la vuelta cuando se topó con unos azulejos agrietados... Bajo ellos —en el mismo socavón en el que estaban profundizando con ahínco los seis intrusos— yacía el premio.

Lo extrajo con rapidez, aprovechando que en aquel momento estaba sola. Con las prisas y los nervios de haber dado por fin con tan ansiado tesoro, se metió el paquete bajo la camiseta, por dentro de los vaqueros, y no lo desenvolvió hasta regresar a su habitación: había rescatado a tiempo las cartas escritas por Ibn



Labana, último visir de al-Mutamid. En ellas, el secreto máspreciado del Rey Poeta.

Sólo Dios sabía el porqué de su importancia.



Qué se le habría perdido allí, se preguntó entonces Blanca, que mereciera tanto la pena. En pleno culo del mundo. A ver si la maldita tumba le iba a costar un disgusto.

Observó en detalle al grupo de Alí Babá y sus ladrones. Hombres flacuchos con cardenales en la frente, amoratadas —con toda probabilidad— tras darse cabezazos contra el suelo al postrarse durante la oración. Benditos pirados. Sus rostros de calavera se hundían bajo los pómulos, y las cuencas de sus ojos, profundas y oscuras, avisaban sin rodeos del peligro. Quienes no dormían cuando los demás descansaban acumulaban ojeras de resentimiento. Eran, sin duda, soldados.

—¿Quién vive contigo? —inquirió el cabecilla.

Las dos mujeres se miraron aterrorizadas. El gordo que había estado cavando propinó a Ibrahim un rodillazo en el estómago por no contestar con la celeridad deseada.

—Soy viudo... —repuso aquél cuando hubo recuperado la respiración—. No hay nadie en la casa.

—Mientes —le replicó el jefe, y el golpe que le asestaron entonces fue en la boca—. Ponte a grabar, Gandhi.

Dio la orden mientras se acercaba a la furgoneta. Del asiento del copiloto sacó un fusil de asalto y dos pasamontañas, uno de los cuales se colocó. El llamado *Gandhi* fue a configurar la cámara, obediente.

—Gordo, busca por última vez, pon todo patas arriba —siguió comandando—. Manco, cuando acabe, vuela esto por los aires. *Yala, yala*<sup>5</sup>.

A Blanca se le heló la sangre. De una cosa podía estar segura: no eran vulgares saqueadores de tumbas. Una cosa era profanar y apropiarse de lo ajeno, y otra muy distinta, andar maltratando al personal.

—Están condenados los que veneran tumbas —declaró el muchachito—, quienes se distraen de la adoración de *Al-lah*, El Único.

El jefe se acercó en silencio por detrás y posó el arma sobre la espalda de Ibrahim. El tiro le voló el pecho y su sangre se desparrramó por el suelo. El cuerpo se desplomó de bruces sobre el polvo cual saco de patatas, mientras los ecos del disparo rebotaban contra el muro de adobe tras el que se refugiaban las dos mujeres, y se perdían a lo lejos, hacia las montañas lejanas del Alto Atlas. Blanca se tapó la mano con la boca, pero Laila empezó a chillar como una posesa.

—Cachorro, entra a registrar —ordenó al chaval—; da con quien haya gritado. Carnicero, córtale la cabeza al cadáver y muéstrala a cámara. Gandhi, no pierdas detalle.

El Carnicero, con el rostro cubierto por el otro pasamontañas, desenvainó su cuchillo de caza e intentó con torpeza rebanar el cuello de Ibrahim. Al apartarse se conformó un tétrico panorama: el casero yacía sobre la tierra con la garganta abierta mediante cortes poco ortodoxos, navajazos violentos y chapuceros, mientras los soldados coreaban a viva voz sus violentas consignas, dándose

---

<sup>5</sup> «Vamos, vamos».

coraje de forma mutua. Satisfecho con la ejecución, el verdugo agarró por los pelos su trofeo y lo alzó en el aire.

Laila se había quedado paralizada y no respondía a los gritos y empujones de Blanca, que había dejado de prestar atención a la escena. Al volver a mirar en dirección a la tumba del Rey Poeta, advirtió que un miliciano —el tal «Cachorro»— caminaba con paso firme hacia la casa. Hacia ellas.

Había llegado la hora de salir por patas.



Corrió. Corrió a oscuras, sin mirar atrás, todavía con el pijama de manga larga puesto y las zapatillas de felpa a punto de salirse. Corrió como nunca lo había hecho en su vida.

Derrapó sobre los baldosines de regreso al dormitorio. Su único pensamiento se centraba en el tesoro. Tenía que llevárselo, era lo prioritario! ¿Dónde había dejado su mochila?

Escuchó golpes, patadas, empujones. *Pom*. Sintió cómo echaban abajo la puerta de la única entrada al domicilio. Se acabó. No lograría salir a la calle sin cruzarse con ellos. Imposible huir: todas y cada una de las ventanas tenían rejas atornilladas a los muros y alféizares. Acababa de encarcelarse con los asesinos de Ibrahim.

Fue presta a esconderse detrás de la cortina. La descorrió y desveló una amplia hornacina en la pared que le hacía las veces de armario. Saltó dentro y volvió a cubrir el recoveco con la colgadura. Bombeaba sangre hacia las sienes a toda pastilla. Tomó una manta apestosa del suelo y se tapó con ella. Entre el olor y el pavor creyó desmayarse.

Los pasos se oían al otro lado del tabique, aproximándose cada vez más. Había caído presa. ¿Y Laila? ¿Qué estaría siendo de ella? Intentó no respirar, pero su pecho se había desbocado. Se tapó

de nuevo la boca con las manos para no vomitar el corazón. El aire entraba y salía sin remedio por entre las rendijas de sus dedos.

Una figura enjuta se detuvo en el umbral de la habitación. El pequeño soldado al que apodaban «Cachorro» barrió la estancia con su linterna. A su paso arrasó lo poco que había por inspeccionar. Le daba igual hacer ruido. Se puso de rodillas y miró debajo de la cama. Estornudó con estrépito debido al polvo. Dos veces. Fue a levantarse para marcharse cuando frenó el conato de incorporarse. Acababa de reparar en una mochila de cuero a los pies de la cama, bajo el revoltijo de sábanas.

Blanca maldijo por dentro. Negó una y mil veces. ¡Debió haberla escondido! ¿Estarían buscando aquellos locos el tesoro de al-Mutamid? ¿Qué podrían querer, si no? Notó la garganta irritada por el polvo y sintió un picorcillo molesto. Temió toser, así que carraspeó con suavidad. Por fortuna, el registro tenía entretenido al intruso. Aquél abrió la mochila, la puso boca abajo y sacudió con violencia. De ella cayeron sus enseres personales, el teléfono móvil y los dos tesoros sacados de la tumba de al-Mutamid: primero el azulejo sevillano —que se partió en dos al caer— y detrás fue el hatillo de cartas. Habían caído a plomo, como una losa, y tal vez fue aquel sonido seco y duro en la oscuridad lo que hizo al muchacho quedarse absorto. Quieto y callado en las sombras contemplaba, sin saberlo, la correspondencia del Rey Poeta con su visir.

Sin soltar la mochila, tomó el legajo para echar un vistazo rápido, pero el polvo levantado le hizo estornudar una tercera vez. Susurró algo incomprensible y arrojó con violencia el paquete de cartas en dirección a la cortina, de tal suerte que fueron a darle en la cara. Blanca aguantó el golpe en la nariz y calló como una tumba. El otro volvió a cubrirse el rostro con su pañuelo negro y salió raudo, llevando consigo la mochila de cuero como recuerdo.

Sobre si los lectores no robaban, quizás Blanca pudiera haber tenido algo que decir; que los ladrones no leían se hizo evidente.

La partida había comenzado.



Tomó conciencia al montarse en el taxi al aeropuerto de Marrakech: había perdido para siempre su mochilita de cuero marroquí. No cayó en la cuenta en el momento de escapar, ni durante la semana retenida por la *Gendarmerie Royale*. No tenía la cabeza en su sitio; aún llevaba el grito desgarrado de Laila grabado a fuego...

Laila, la pobre Laila, abandonada como un perro. Qué fue de ella, nunca lo supo. Ni quería saberlo, en realidad: cada vez que el grito retornaba a su mente, intentaba enterrarlo en lo más profundo... Recuerdo hondo, podrido hasta la náusea.

Apenas hubieron arrancado, giró la manivela del elevallunas y sacó la cabeza fuera para vomitar. Bilis, sólo. Su chófer conducía con el móvil en la mano, tocando la bocina en cada incorporación o desvío, y no prestó atención al incidente. Frenazos y acelerones.

Subió la ventanilla y miró a través de la mugre del cristal. También había perdido su teléfono antediluviano, pensó Blanca; al menos se forzaría a renovarlo. Su único afán era pillar el primer vuelo de regreso a España. *Piii*. Más frenazos. Menos mal que ya no tenía nada más en el estómago, porque lo hubiera devuelto igualmente. ¿Para qué se inventaron los intermitentes? La carrocería repleta de rayones y abolladuras no le había dado buena espina al principio, y confirmó sus sospechas con el bajo coste al que consiguió regatear el trayecto. Tampoco es que hubiera muchas más alternativas por allí. Lo irónico era que, a pesar de todo, dentro se sentía a salvo. El chófer era *su* cafre, y el resto de los energúmenos al volante podían irse al garete; a ella sólo le importaba su coche.

Paisaje devastado y vertederos. Qué hermosura. La magia oriental se intuía lejana en las tierras marroquíes del Poniente, el ocaso del mundo árabe. ¿«Un mundo ideal», como cantaban en Aladín? Cualquier parecido con las antiguas medinas de Córdoba o Sevilla era producto de la imaginación. De una peligrosa ignorancia. Siempre había dado por descontada la semejanza entre ambas orillas del Estrecho, inocente de ella. El despunte de la cultura andalusí resultó, por desgracia, un breve sueño, un precioso paréntesis como antes lo fuese la opulencia abásida en Bagdad.

Lo más granado de la Europa medieval se dio cita en al-Ándalus: filósofos como el zaragozano Avempace o el cordobés Averroes, que también fue médico; literatos como Ibn Hazm o el cartógrafo y aventurero al-Idrisi, o el más grande de los poetas: al-Mutamid de Sevilla. Astros refulgentes de la constelación andalusí que brillaban con luz propia, hasta que la aspereza norafricana secó aquel oasis de ciencia, literatura y, por encima de todo, placeres sensoriales. Las estrellas fugaces se apagaron entonces y dejaron sin guía a los que deambulaban bajo ellas. Desde que los fundamentalistas tomaron el pulso al mundo árabe y se hicieron con sus riendas, nadie pudo librarse de la maldición de la vida a salto de mata. Construían, comerciaban y se relacionaban bajo el peso de aquella losa. Si ni siquiera los españoles habían escapado del todo de tal herencia, ¿qué podrían hacer los marroquíes, pobres diablos?

Blanca observaba las aceras destartaladas y los tenderetes sobre ellas. Los negocios, como ocurriera hacía siglos, se agrupaban por gremios. Si al vecino le había ido bien vendiendo alfombras, los locales contiguos le copiaban hasta la cartelera. «I+D+i» moruno. ¿Qué fue de la investigación andalusí, del amor por el arte? ¿En qué habían mejorado novecientos años más tarde? Poco se diferenciaba el fanatismo de un milenio a otro. No habían aprendido nada nuevo,

sino todo lo contrario; olvidaban reconocerse como enanos a hombres de gigantes.

Con suerte, los *smartphones* ejercerían de caballo de Troya. Los contenidos digitales con que les atropellaban a diario desde todos los rincones del mundo les harían reengancharse al seductor ritmo de Occidente. ¡Se saldarían siglos de involución! Información contra religión para desestabilizar los cimientos de una sociedad basada en la superstición y el cortoplacismo, en la que todo funcionaba mediante sobornos. A la universidad, como a los servicios médicos, la gente accedía pagando. Idéntico protocolo con la policía o el politicucho de turno. ¿Despertarían pronto los justos ante la corrupción que podría Marruecos, al igual que hacían sus primos tunecinos, egipcios o libios? ¿O su respuesta se limitaría a no condenar a los terroristas que se manchaban las manos?

«Primavera Árabe», fue la denominación que Blanca empezó a leer por todas partes. Revoluciones esperanzadoras en las que se derrocaban dictadores y se devolvía la soberanía a la plebe. Por real decreto, sin una verdadera transición democrática. Tras la legítima ilusión estival y un otoño en el cual chispearon las primeras decepciones, llegó el correspondiente castigo a los ingenuos: un crudo invierno cargado de incertidumbres. Sin cultura, sin barreras, ¿quién puso freno a los fanáticos? Los lobos barbiluengos que acechaban el redil se encontraron la verja abierta de par en par. Los borreguitos, sumisos por naturaleza, se sometieron asustados ante tanta novedad, y del cielo llovieron velos negros para todas. Lo único sin contaminar todavía era la risa de los niños, atrapados en cuerpos castigados por el sol y la sequía; futuros individuos saciados de rencor y hambrientos de venganza.

Bien mirado, juzgó Blanca, en el fondo marroquíes y españoles no eran tan distintos. Demasiados siglos juntos, demasiado

mestizaje. Demasiada sangre vertida sobre el ruedo. La Historia en la península ibérica se imprimía en la carga genética de unos y otros, sin que ninguna parte pudiera acusar de «forastera» a la otra.



Blanca siempre tuvo facilidad para recordar los sueños y, desde la noche del ataque, en especial las pesadillas. Durante meses, los rostros de aquellos hombres siguieron apareciéndose en sus imaginaciones nocturnas, y todas acababan igual: con ella escondida en un armario, bajo un manto, y al ser descubierta, ahogada en un grito sordo.

Al regresar a Madrid empezó con las pastillas para dormir. Con el paso de las semanas lo adquirió como hábito, mientras su desazón se iba transformando en ansiedad. Lo ocurrido no podía cambiarse, ni su recuerdo ser eliminado de la memoria. La soledad que tanto anhelaba le consumía al mismo tiempo. Toda compañía le dolía.

Algo de ella se perdió la noche del asalto: esa afable simpatía suya se quedó dentro de la mochila de piel que le arrebataron. Se compró otra en el Rastro, casi idéntica a la que le robó el atacante, y en su bolsillo interior escondió una cajita metálica —una de esas pitilleras antiguas para guardar puritos— repleta de Dormidinas.

Aquel detalle no se le escapó a su psicóloga, que tomaba buena nota de todo cuanto tuviera que ver con tan truculenta historia: el cadáver decapitado de Ibrahim, los gritos de Laila, las cinco horas que tardaron en aparecer los gendarmes tras la llamada de socorro, las mismas cinco horas que pasó escondida tras la cortina; el nerviosismo de las autoridades. Hasta en tres ocasiones declaró durante la semana en Marrakech. Fue investigada con diligencia, y a la postre no tuvo mayor inconveniente para abandonar el país. No



era, al parecer, el primer suceso de aquella índole al que se enfrentaba Marruecos...



Millones de granos de sílice en forma de cuarzo componían las sinuosas dunas magrebíes. Empujada por los vientos de poniente, cada partícula se arrastraba en un baile singular y libre, aunque era la cohesión de la duna, no obstante, en su lento movimiento armónico, la que daba sentido a cada una de aquellas partículas infinitesimales. Y aun con todo, era una tribu de hombres la que se movía con mayor aplomo que las dunas.

No se les identificó hasta pasados unos meses, a medida que la cosa fue poniéndose seria y ya era demasiado tarde para intentar frenar su embestida. «De aquellos polvos, estos lodos», se atrevió a titular la prensa. «Nunca debimos abandonar a los saharauis a su suerte». Fueron ganando relevancia según iban subiendo a las redes sociales toda suerte de atrocidades: vídeos sobre incursiones militares, bombardeos de ruinas arqueológicas o incluso ejecuciones. Toda propaganda era bien recibida.

El vendaval soplabla fuerte en el Sur, y la arena del desierto no era lo único que arrastraba consigo. Los integrantes de la Cabila Árabe del Magreb y al-Ándalus avanzaban implacables desde el norte de África con una determinación que no conocía límite. Tan sólo las aguas del estrecho de Gibraltar les separaban de su meta, de la tierra prometida de la cual se proclamarían legítimos dueños: España debía ser reconquistada.